

Historia y gestación de imágenes antijudías

*María Teresa Farfán Cabrera**
*Javier Meza González***

El siguiente artículo intenta mostrar cómo en el imaginario individual y colectivo es posible fijar imágenes recurrentes que a través de los siglos permanecen sin importar los cambios de contextos históricos. Un caso específico lo encontramos en el antijudaísmo desarrollado sobre todo por la religión hija (catolicismo) contra la religión madre (judaísmo). A pesar de la aparición de diferentes sistemas sociales, económicos, políticos y culturales, encontramos en ellos la sobrevivencia de la figura del judío cubierta de oprobios y como una amenaza “contra los otros”. Un “los otros” dispuesto a explotar y verter su odio acumulado, añejado, cultivado pacientemente, sobre el chivo expiatorio ferozmente escarnecido mediante múltiples formas, y que la memoria histórica no debe olvidar por el riesgo de repetir una y otra vez los mismos horrores.

PALABRAS CLAVE: imágenes, imaginario, antijudaísmo.

The history and gestation of anti-Semitic images. The following article tries to show how, in individual and collective imaginaries, it is possible to fix recurrent images which persist throughout centuries independently of changes in the historical context. We examine a specific case in the anti-Semitism developed mainly by the daughter religion (Roman Catholicism) against the mother religion (Judaism). In spite of the appearance of different social, economic, political and cultural systems, we encountered the survival of the figure of the Jew covered with opprobrium and perceived as a threat “to others”. These “others” are ready to explode and to pour out their accumulated hatred, matured and patiently cultivated, on a scapegoat which is ferociously mocked by means of multiple forms and which historical memory should not forget because of the risk of once again repeating the same horrors.

KEY WORDS: images, imaginary, anti-semitism.

* Profesora-investigadora. Departamento de Política y Cultura, UAM-Xochimilco.
[tfarfan_01@yahoo.com.mx].

** Profesor-investigador. Departamento de Política y Cultura, UAM-Xochimilco.
[fjmeza@correo.xoc.uam.mx].

Toda mi vida he tratado de alcanzar una sinceridad absoluta de la expresión y del espíritu. Considero la complacencia con la mentira, por muchos pretextos con que se adorne, la peor lepra posible del alma.

MARCH BLOCH

[...] conviene recordar que la intolerancia es característica de los círculos del poder. A lo largo de la historia estos círculos del poder han demostrado que la suya no es una actitud disuasoria, de filtro o pasiva, sino que muestran una alta potencia agresiva capaz de eliminar cualquier elemento extraño.

A. CASTRO ZAFRA

EL SENTIDO O SENTIDOS de nuestra vida, la de los otros y las cosas, se da sobre todo por la palabra. Es decir, son sobre todo los discursos los creadores de las imágenes que se implantan en nuestro imaginario, y sabemos que una mentira a fuerza de repetirse se puede convertir en “verdad”. Una “verdad” que, una vez instalada en nuestras estructuras mentales, puede sobrevivir durante siglos y pasar de una época a otra prácticamente sin sufrir cambios.

En los viejos discursos es sumamente interesante contemplar el surgimiento etnocéntrico del odio o desprecio por los otros, por todos aquellos que pretendidamente no son iguales o semejantes a nosotros. Odio y desprecio que obedece a relaciones de poder y de sometimiento. Precisamente es en este orden donde se inserta el odio y el desprecio milenario por el judío. Orden que si intentamos descifrar y explicar requiere, como a continuación veremos, de una memoria histórica opuesta a la manipulación.

No fue casual que uno de los intelectuales modernos más brillantes insistió siempre acerca de la necesidad de la memoria como uno de los principales caminos para encontrar la verdad. Nos referimos a Marc Bloch, quien, para muchos estudiosos de las ciencias sociales, constituye uno de los historiadores comparatistas más importantes del siglo XX. Acostumbraba decir que la

civilización occidental, a diferencia de otras, siempre ha esperado mucho de su memoria y por ello repudia el olvido. Y en efecto, tanto las influencias grecolatinas como las influencias cristianas la llevan a ello (Bloch, 1996:122).

En este sentido, algunos helenistas consideran que:

Memoria y olvido nacieron juntos en la cultura griega. Recordar y olvidar, vivir y perecer fue una oposición necesaria y constante que marca toda la literatura. La memoria constituyó un inmenso espacio de experiencia, de ejemplo, de aprendizaje y, por supuesto, de escarmiento. El olvido, por el contrario, significó algo parecido a la muerte.

Precisamente en los textos griegos fundacionales vemos constantemente aparecer las anteriores preocupaciones. En la *Odisea*, por ejemplo, en uno de sus pasajes encontramos a Ulises desembarcando en una isla cuyos habitantes acostumbran comer el loto, una planta roja y dulce “como la miel”, porque en ella encuentran la dulzura del olvido y la felicidad que provoca. Cuando algunos de los hombres que acompañan a Odiseo descubren a los lotófagos, los envidian, sobre todo debido a los sufrimientos que ellos han padecido acompañando al héroe en sus aventuras de regreso a Ítaca. Así que, sin dudar mucho, algunos, hartos de padecer, empiezan a comer el loto eligiendo así una especie de muerte al renunciar a su hogar, a sus mujeres y a sus hijos. En una palabra, ya no quieren regresar ni saber más lo que han sido. Pero como para el héroe la existencia consiste justamente en oponerse a la tragedia, en rebelarse contra las adversidades y no aceptar la indigna felicidad del olvido, Odiseo ordena que los hombres que hayan comido loto sean amarrados adentro de sus cóncavas naves para obligarlos a regresar y a recordar quiénes son (Lledó, 1992:11). Odiseo no solamente necesita a sus hombres, también es su obligación pugnar porque regresen salvos a su lugar de origen. El enorme pozo del olvido nos amenaza a todos y, al final, él es quien triunfa. No obstante, la rebelión puede llevarnos a trascender. Para los jasidim el hombre debe debatirse entre el ángel del olvido y el ángel de la memoria porque de una u otra forma ambos son necesarios (Buber, 1978:150). Posiblemente algo parecido también nos dice Elie Wiesel cuando considera que pertenece a una generación judía “obsesionada por la preocupación de retenerlo todo, transmitirlo todo, pues para ninguna otra ha tenido tanta importancia y tanto significado el mandato ‘Zachor, recuerda’” [Zajor]. Pero, ¿qué es el recuerdo? Él nos dice que recordar “es hacer

que reviva cierto pasado, iluminar rostros y acontecimientos con una luz negra y blanca. Decir no a la arena que cubre las palabras, decir no al olvido, a la muerte” (Wiesel, 1996:26-27).

También los latinos y los cristianos, herederos de los griegos, pilares básicos de la civilización occidental, creyeron y creen en la memoria. El uso recurrente de la historia en la civilización occidental así lo ejemplifica. Sin embargo, como indicamos al principio, reconozcamos que hay muchos tipos de recuerdos y de historias. Los discursos se enfrentan, se contradicen, se complementan y no necesariamente buscan la verdad y la justicia. En una ocasión, Paul Valéry decía:

[la historia] es el producto más peligroso que haya elaborado la química del intelecto. Sus propiedades son bien conocidas. Hace soñar, embriaga a los pueblos, genera en ellos falsos recuerdos, exagera sus reflejos, conserva sus viejas heridas, los atormenta en el reposo, los lleva al delirio de grandeza o al de persecución, y hace que las naciones se vuelvan amargadas, soberbias, insoportables y vanas [Valéry, 1999:15].

Algunos practicantes del oficio, escandalizados por tal opinión, le preguntaron a Lucien Febvre, otro importante historiador amigo de Bloch, si no quería responder en nombre de la corporación, y su respuesta fue negativa, simplemente porque estaba de acuerdo con las observaciones de Valéry. Pues, en efecto, la historia, como antes decíamos, puede servir para acercarnos a la verdad pero también sirve para tergiversarla y manipular a los sujetos. Hoy también sabemos que en los pueblos, en el nivel del imaginario, existen símbolos, imágenes, arquetipos, figuras que ni siquiera el paso del tiempo puede borrar fácilmente. Precisamente este fue uno de los descubrimientos de Bloch. Estudiar la historia, nos obliga a considerar el tiempo —marcado tanto por el sentido del cambio como por el de la permanencia— como el plasma vivo en el cual acontecen los procesos sociales. De ahí que afirmara que si algún historiador se atrevía a decir “por principio, el ayer es mucho más importante que el anteayer, les pido que pronuncien el mismo juicio de valor. El medio humano, al igual que el éter, también conoce *acciones de larga duración*” (Bloch, 1999:41-56). La idea de la larga duración posteriormente fue desarrollada por Fernand Braudel, quien explícitamente señaló, en relación con las estructuras sociales, que:

[algunas de ellas] están dotadas de tan larga vida que se convierten en elementos estables de una infinidad de generaciones: obstruyen la historia, la entorpecen y, por tanto, determinan su transcurrir. Otras, por el contrario, se desintegran más rápidamente. Pero todas ellas, constituyen al mismo tiempo, sostenes y obstáculos. [Y dentro de la idea de larga duración, también hay que incluir] determinadas coacciones espirituales: también los encuadramientos mentales representan prisiones de larga duración [1974:62-63].

Un claro ejemplo de un fenómeno de larga duración a nivel de estructuras mentales posiblemente lo constituye la permanencia y el fortalecimiento del fenómeno del antijudaísmo (como coacción espiritual y prisión) avivado sobre todo desde los inicios de la Iglesia católica y durante la Edad Media, y que tan funestas consecuencias trajo y ha traído durante ya varios siglos. Ciertamente, el fenómeno del antijudaísmo es muy antiguo, quizá surgió a la par que el propio pueblo judío. Pueblo que, sin duda, constituye un pueblo singular. Sin querer hacer una historia lineal, son necesarias algunas observaciones al respecto que buscarán poner de relieve algunos posibles motivos del repudio de los otros pueblos contra éste. Como cualquier cultura, el judaísmo en su formación debe mucho a las culturas aledañas, sobre todo a la cultura mesopotámica, pero muchas de estas influencias se pierden en la noche de los tiempos.

Según el historiador judío Flavio Josefo (37 o 38 d.C.) las calumnias contra los judíos comenzaron con los egipcios. Es posible que uno de los primeros haya sido Manetón, un egipcio helenizado escribió en el siglo III a.C. una *Historia de Egipto*.¹ En ella, en su segundo libro, narra que Egipto, a finales de la XIV dinastía, fue invadido por un pueblo de pastores y que sólo después de más de quinientos años los intrusos fueron expulsados y luego de pasar por Siria, llegaron a Judea y fundaron Jerusalén. Sin embargo, en otra parte de su obra afirma que los judíos más bien eran un grupo de egipcios leprosos y que a causa de su contaminación fueron expulsados luego de haber trabajado como esclavos en las canteras de Tura, al este del Nilo, y haberse organizado y dictado leyes contrarias a los egipcios bajo el mando del sacerdote Osarsef y de linaje de Heliópolis, quien luego cambió su nombre por Moisés. Algo parecido

¹ Manetón fue un sacerdote egipcio de Heliópolis y su historia la escribió para el rey Ptolomeo II Filadelfo (283-246 a.C.). Véase de Flavio Josefo *Autobiografía. Contra Apión*, Introducción general de Luis García Iglesias, traducción y notas de Margarita Rodríguez de Sepúlveda, Gredos, Madrid, 1994, p. 189.

también escribieron al respecto el filósofo estoico Queremón, quien fue director del Museo de Alejandría y preceptor de Nerón, y el escritor Lisímaco (siglo II), el cual además afirmó que los judíos no sólo fueron atacados de lepra sino también de sarna y eran ciegos y cojos. Según Lisímaco, la causa de que los judíos descansan el sábado se debió a que cuando huían por el desierto, a los seis días de camino “les salieron úlceras en las ingles y por ello decidieron descansar el séptimo día al llegar sanos y salvos al país llamado actualmente Judea”. Por su parte Apión, gramático Alejandrino y contemporáneo de Josefo, llegó al colmo de sostener que cuando Antíoco Sidetes (apodado el Piadoso) tomó Jerusalén en el año 130, encontró adentro del Templo que los judíos adoraban una cabeza de asno de oro puro, y había un griego prisionero rodeado de manjares, peces, aves, etcétera, con el fin de que engordara pues, según él:

[los judíos] atrapaban a un viajero griego y lo cebaban durante un año. Luego lo llevaban a un bosque donde lo mataban. Sacrificaban su cuerpo según sus ritos, comían sus vísceras y, durante la inmolación, juraban mantener su enemistad contra los griegos; luego, arrojaban a una fosa los restos de la víctima.

La calumnia fue recogida por autores como Tácito y Diódoro y, posteriormente, pasó a los cristianos.²

Pero fue en los ambientes ciudadanos griegos donde el antijudaísmo egipcio se amalgamó con el griego para alcanzar por primera vez su grado más alto de agresión en el pogromo de Alejandría en el año 38 de nuestra era. Sus causas posiblemente sobre todo hay que buscarlas tanto en el hecho de que los judíos de Alejandría en su mayoría eran extranjeros y constituían un fuerte apoyo para los gobernantes de la ciudad, pues muchos de ellos pertenecían a las clases altas, así como que en esos momentos parece que existían posibilidades de que la religión judía triunfara sobre las otras.³

² *Op. cit.*, pp. 250 y 251, véase nota 165, p. 248. El historiador romano Tácito estaba convencido de que en el *Sancta Sanctorum* había una cabeza de asno como agradecimiento a que un pastor de onagros los llevó durante el éxodo a encontrar agua, Tácito, *Historias* V 3 ss.

³ A juicio del historiador Netanyahu, el antisemitismo tuvo su origen en “la peculiar campaña que se desató en Egipto desde los tiempos de Manetón, una campaña que no se apoyaba sino en bulos, los más atroces bulos, los más absurdos libelos, pero que logró su meta de ultrajar a los judíos, de emporcar su nombre, de hacerlos objeto de intenso odio; en una palabra, de difamarlos, de alcanzar el más extremo y desaprensivo vilipendio de un pueblo, sin el cual hubiera sido

La cultura romana, por su parte, no dejaba de ser receptiva a todo ello porque sufría un proceso de orientalización. Sin embargo, debemos señalar que durante muchos años (casi un siglo) las relaciones del pueblo judío con el Imperio Romano fueron bastante buenas. Ya desde el año 47 a.C. en que Antípater ayudó a Julio César con tres mil judíos en su campaña contra Egipto, Roma, agradecida, les había concedido bastantes privilegios. Julio César, entre otros derechos, autorizó privilegios jurídicos a los judíos de la diáspora, sobre todo a los de Asia Menor y Alejandría. Posteriormente, César Augusto, en Roma, respetó las sinagogas, permitió el envío de dinero judío a Jerusalén e incluso instituyó un fondo para que también en el Templo de Jerusalén se realizasen sacrificios en honor del “Altísimo”. Además, no pagaban propiamente impuestos al Estado romano y, por cuestiones de conciencia, estaban exentos del servicio militar. Durante el reinado de Tiberio y luego durante el de Calígula, Claudio, y Nerón, llegaron a ocurrir algunos incidentes contra los judíos, sin embargo, se puede decir que, en general, el estatuto jurídico de sus comunidades y sus privilegios fueron respetados. Incluso Vespasiano y Tito, a pesar de haber destruido el Templo de Jerusalén y ahogado en sangre las rebeliones judías, mantuvieron sus antiguos privilegios. Luego, Domiciano tampoco alteró las normas y Nerva igualmente mantuvo un periodo de mucha tolerancia. Sin embargo, el respeto jurídico por los judíos llegó a su fin con Trajano y sus guerras contra los partos (113-117), pues los judíos de Egipto, Cirene, Chipre y Babilonia se rebelaron contra el Imperio. Trajano se vengó suprimiendo sus derechos y, posteriormente, Adriano refrendó tal situación e incluso prohibió la circuncisión (la asemejó a la castración) con motivo de la última rebelión judía de palestina encabezada por el líder Bar Kosiba en 132-135, y que el propio Adriano se encargó de reprimir. Para estos momentos la religión cristiana, una vez que posiblemente se segregó de la Sinagoga, como luego veremos, iba en ascenso.

Pero a pesar de que las relaciones entre el Imperio Romano y los judíos un tiempo fueron buenas, esto no impidió que las imágenes antisemitas en las poblaciones fueran desarrollándose y consolidándose. Es posible que una de

completamente imposible la aparición, auge y éxitos del antisemitismo”. Véase de Benzion Netanyahu, *Los orígenes de la inquisición en la España del siglo XV*, Editorial Crítica, Barcelona, 1999, pp. 13 y ss.

las principales causas de lo anterior se debiese a las pretensiones judías por una exclusividad religiosa. Es decir:

Doctrinalmente, la religión judía rechazaba por completo el valor de las demás religiones, proclamándose el único pueblo escogido por el Único Dios. Los judíos se segregaban, no sólo urbanísticamente, sino espiritualmente, del resto de sus conciudadanos. Esta actitud tenía que desencadenar forzosamente una reacción contraria, en cierto modo defensiva [Monserrart, 1989:36].

No obstante, hay que reconocer que prácticamente no ha existido pueblo que a sí mismo no se haya visto como elegido. Simplemente el propio Imperio Romano bajo la época de César Augusto (El divino Augusto, salvador del mundo) estableció su poder imperial difundiendo que ellos eran los bendecidos y elegidos por los dioses para llevar el mundo a una Edad Dorada; ellos, “los romanos, los amos del mundo, el togado pueblo de los Quirites”, así lo escribían, por ejemplo, el historiador Tito Livio y el poeta Virgilio, y discursos, imágenes, arquitectura y todas las obras romanas tendían a reafirmar dicha idea. Virgilio, por ejemplo, escribió en su cuarta *Égloga*:

[que pronto vendría un niño que] tendrá la vida de los dioses [que le darían un mundo de amor] en el que comenzará la Edad de Oro para todo el mundo y los ganados no temerán a los leones, ni los ciervos a los mastines, rojos racimos penderán de los incultos zarzales y las duras encinas destilarán un rocío de miel. El Destino había decretado estos venturosos sucesos, esta nueva edad que muy pronto llegaría. Tan pronto que ya Augusto había inaugurado la Edad de Oro, la *pax deorum*; la diosa Fortuna le había coronado, y de su cuerno de la abundancia rebosaban ya por toda la tierra los frutos, las flores y la paz.⁴

⁴ Respecto de las obras discursivas, urbano-arquitectónicas, escultóricas, de pintura, jardines, etcétera construidas por el Estado romano, para demostrar al mundo que ellos eran los elegidos, véase de Paul Zanker, *Augusto y el poder de las imágenes*, Alianza Forma, Madrid, 1992. Respecto de Augusto decían que desde niño mostró su poder divino, pues hasta las ranas le obedecían. En los sacrificios todos los signos le eran favorables y los sueños lo asociaban con el sol y los astros que anunciaban una nueva era y un gobernante de origen divino. Cicerón afirmó que en sueños vio a un niño descender del cielo en una cadena dorada y con un látigo dado por Júpiter Capitolino. *Op. cit.* pp. 70-71. También Ann Wroe, *Pilatos. Biografía de un hombre inventado*, Editorial TusQuets, Barcelona, 2000, pp. 70, 82 y 167.

Quizá en las relaciones entre pueblos o entre etnias, el desprecio o aceptación por los otros radica o se fundamenta en las diferentes formas de ver o interpretar el mundo, lo cual desemboca directamente en cuestiones religiosas, filosóficas, y políticas o de poder. En todo ello aparecen cuestiones de criterio; escritores como Varrón, Tito Livio, Estrabón y Plinio el Viejo no dejaron de mostrar cierta admiración por los judíos. Cicerón y Séneca, en cambio, los despreciaban cordialmente; este último los calificó de *sceleratissima gens*, y el primero en *Pro Flacco* irónicamente comentó que mientras los judíos no se rebelaron contra Roma les fue bien, pero después, cuando fueron vencidos, sometidos a tributo y esclavizados se demostró “cuán cara era esta nación a los dioses inmortales”. Además, pensaba que su religión constituía una *barbara superstitio* y que ninguna otra raza había sido tan destruida y sometida y, por si fuera poco, eran gentes “nacidas para ser esclavas”. Igualmente uno no debía fiarse jamás de los judíos, pues sus costumbres eran incomprensibles y absurdas. Petronio, posiblemente autor del *Satiricón*, consideraba que adoraban como dios a un cerdo y el hecho de que no trabajasen los sábados hacía que se les viese como haraganes, y al referirse a un esclavo nos dice que “tiene dos defectos, que si no los tuviera sería el número uno: está circuncidado y ronca” (*recutitus est et stertit, Satyricon*, 68, 8).

La costumbre judía de descansar el sábado también se convirtió en una burla recurrente. Tíbulo, por ejemplo, toma como pretexto que en una ocasión no pudo salir de Roma a causa de “el día consagrado a Saturno...” (*Saturni sacram me tenuisse diem, Carmina*, I, 3, 18), y un personaje de Horacio exclama: “Hoy es día trece y encima sábado; ¿acaso quieres ofender a los rebanados judíos?” (*Vis tu curtis iudaeis oppedere? Sermones*, I, 9, 69-70). Persio, objetando que existan supersticiones que priven a los hombres de libertad, concluye: “palideces ante los sábados circuncisos” (*retuntitaque sabbata palles, Satyrae*, V, 179-184), e incluso Plinio el Viejo, socarronamente afirmaba que “en Judea hay un río que se seca cada sábado” (*Naturalis historia*, XXXI, 24). No obstante, fue Séneca, según un pasaje de San Agustín, uno de los primeros escritores romanos en rechazar abiertamente el judaísmo, pues decía: “entretanto, esta costumbre (del sábado) de un pueblo degradadísimo (*sceleratissimae gentes*) se ha difundido y ha sido recibida en todas las regiones; los vencidos dieron leyes a los vencedores” (*De civitate Dei*, VI, 11). Esta actitud se volvió más agresiva

con el tiempo. Flavio Clemente, por ejemplo, en una clara referencia a Moisés afirmó que:

Ciertos fundadores de naciones son considerados detestables porque congregaron un pueblo que resulta un escarnio para los demás: tal es antes que todos el fundador de la superstición judaica [*Institutio Oratoria*, III, 7, 21]..

El poeta Marcial, con su afilada ironía, también se encargó de sembrar el odio y el desprecio. Según él, prefería “respirar el mal aliento de una mujer que ayuna en sábado (*sabbataria*)” que a su mal querida Bassa (*Epigramas*, IV, 4), y en otro indica que Celia, como mujer pública, se entrega a todos pero menos a los romanos, es más, prefiere “a las ingles de los rebanados judíos” (VII, 30). La destrucción de Jerusalén por los romanos en el año 70 también le dio motivo para escribir el siguiente insulto:

No lamas mi verga, Cresto, pues es casta y moderada, sino la que vino de la achicharrada Jerusalén y que ahora paga duro tributo [VII, 55].

Juvenal, por su parte, en una sátira, consideró que los judíos sólo adoran el cielo y la majestad de las nubes y se abstienen de comer carne de cerdo porque piensan que no es muy distinta de la carne humana. La primera idea fue recogida también por el filósofo Celso y en sus reproches a los cristianos (siglo II de nuestra era) igualmente aprovechó para decir respecto de los judíos:

[que ellos] son esclavos fugitivos de Egipto, que jamás hicieron algo de notable y que nunca destacaron en nada, ni por su número ni por su importancia [además, eran unos ignorantes en letras].⁵

¿Qué de verdad existía en todo lo anterior acerca de los judíos? Leprosos, mentirosos, cobardes, idólatras, caníbales, ignorantes, ateos, nacidos para ser esclavos, etcétera; como vemos, el catálogo de insultos ya empezaba a ser largo. Pero el desprecio por los otros, aun cuando provenga de personas cultas y

⁵ Respecto del antisemitismo en el pensamiento de los griegos y romanos, véase José Monserrat Torrents, *La sinagoga cristiana...*, *op. cit.*, principalmente pp. 131, 132, y 175. Las citas en latín y la traducción pertenecen al autor. Asimismo, Ann Wroe, *Pilatos...*, *op. cit.*, pp. 80 y ss. Y Celso, *El discurso verdadero contra los cristianos*, Alianza, Madrid, 1989, pp. 59 y 67.

sabias, no se justifica. En la época de la antigua Roma, Plinio el Viejo describió que “más allá de Idumea y Samaria” se encuentra el vasto territorio de Judea. La parte que se une a Siria se llama Galilea y la próxima a Arabia y Egipto se llama Perea. Esta parte es montañosa, boscosa y se separa de Judea por el río Jordán.

Sin embargo, durante el periodo helenístico y el primer siglo del Imperio Romano, los judíos no solamente se encontraban en Judea. Bar Hebreo, escritor del siglo XIII, señala, con base en un censo del emperador Claudio, que en esos momentos los israelitas tenían una alta incidencia demográfica llegando a casi siete millones. Se encontraban concentrados principalmente en Palestina, Alejandría, Roma, Asia Menor y, fuera del Imperio, en Babilonia (Monserrat, 1989:34). Guerras, conquistas, intercambios culturales y comerciales fueron los principales motivos de la diáspora. En principio y por necesidad religiosa, por ejemplo, la obligación de descansar el sábado para aprender y discutir la Ley, convertía a estas comunidades en las más alfabetizadas en el mundo antiguo. Así, en Palestina, hacia el año 150 a.C., el judaísmo se encontraba dividido en diferentes grupos. Pero sobre todo existían tres escuelas (aunque no eran las únicas) o familias (filosofías dice Josefo) con puntos de vista encontrados respecto del acontecer humano; fariseos, saduceos y esenios. De acuerdo con Flavio Josefo, los fariseos eran los más influyentes en el pueblo mediante las oraciones, los sacrificios, sus discursos y forma de vida. Se caracterizaban por llevar una vida frugal y sin molicie y creían que el individuo debía comprometerse y perseguir los principios que la razón le indicara como buenos. Inculcaban un profundo respeto por los ancianos y no tenían a bien contradecirlos o criticarlos. También defendían que, ciertamente, el Destino influye en los acontecimientos humanos, pero no aceptaban que fuera de una manera absoluta, pues muchas cosas dependen de la voluntad humana. El alma la consideraban inmortal y al morir, en otra vida, se recibían castigos o premios y uno de ellos consistía en volver a nacer. Los saduceos, por su parte, afirmaban que el alma no era inmortal y se desintegraba con el cuerpo. Eran fieles observantes de las leyes pero consideraban como una virtud polemizar con los maestros las enseñanzas que éstos intentaban imponer. Además, desechaban toda idea respecto del Destino y le negaban toda influencia; a su juicio, los hechos humanos eran producto de nuestros aciertos o de nuestros desatinos y de nadie más. Sin embargo, no dejaban de simpatizar con los fariseos por temor a suscitar el enojo del pueblo. Finalmente, los esenios, como defendían que el Destino era el amo y señor del actuar humano, optaban por dejar todo

en manos de Dios. También creían en la inmortalidad del alma y uno de sus objetivos fundamentales era luchar por la virtud, llevaban ofrendas al Templo pero no realizaban sacrificios en el atrio, pues preferían realizarlos solos. Además, eran esforzados agricultores y buscaban ser profundamente justos. Al respecto, Josefo nos dice:

Los bienes de unos son comunes a todos, de forma tal que el rico no disfruta de sus propiedades en mayor medida que el que no posee lo más mínimo. Este sistema de vida lo practican un número [...] superior a los cuatro mil. No se casan ni poseen esclavos pues esto es injusto y lo otro engendra discordia. Viven solos y se ayudan mutuamente.

Para administrar los ingresos y los frutos que obtienen de la tierra eligen a mano alzada a los hombres más honrados, y el sacerdote se encarga de elaborar el pan y las viandas. En este grupo, sin duda, encontramos aspectos que después el cristianismo católico pretendería retomar. Igualmente Josefo, en *La guerra de los judíos*, agrega que “en la forma de vestir y en su aspecto físico se parecen a los niños educados con una disciplina que provoca miedo”; además, “moderan muy bien su ira, controlan sus impulsos, guardan fidelidad y colaboran con la paz”; acostumbran estudiar con “gran interés los escritos de los autores antiguos”. Otro grupo que Josefo también menciona es la escuela de Judas de Galilea como una escuela defensora a ultranza de la libertad. A pesar de aceptar a la escuela de los fariseos, “su amor por la libertad es incommovible, puesto que no acepta otro jefe y soberano más que únicamente a Dios. Tienen por cosa de poca monta sufrir las más diferentes clases de muertes por oponerse a dar a hombre alguno el título de soberano”. En pocas palabras eran capaces de enfrentar cualquier sufrimiento por defender sus principios (1997:119-166).

Como antes señalamos, el judaísmo podía ser mal visto debido a sus pretensiones de exclusividad y de supuestamente ser el pueblo elegido. Sin embargo, el propio Josefo reconoce en él mucho más pretensiones de universalidad que de sectarismo o, por lo menos así lo plantea al referirse a Salomón, quien decía que la ayuda de su Dios no sólo debía socorrer a los judíos, pues “nosotros no somos de condición inhumana ni nos sentimos extraños de las gentes que no son compatriotas nuestros, sino que desde siempre hemos querido que tu ayuda y el disfrute de los bienes sea común a todos”.⁶ En el mismo

⁶ *Antigüedades judías, op. cit.*, L. VIII, 111.

sentido también prohibían burlarse de los dioses que otras ciudades veneraban. Sin duda, el judaísmo, con muchos de sus planteamientos éticos acerca del ser y su entorno, así como con su concepción monoteísta, debía resultar sumamente incómodo para muchos de sus contemporáneos. No fue accidental que algunos de sus aspectos, recogidos por el catolicismo, moldeen la vida todavía en muchos lugares del mundo moderno. Josefo igualmente nos indica diferentes ideas judías que, propias o tomadas de otras culturas, sin duda impresionaron fuertemente al mundo antiguo. Sin pretender extendernos, pues no es nuestro objetivo, señalaremos solamente algunas, incluso no mencionaremos el famoso decálogo, herencia posiblemente del rey babilonio Hanmurabi, por ser prácticamente de todos conocido.

Josefo en sus *Antigüedades* afirma que cuando Caín decidió arar la tierra por primera vez, dio inicio a la avaricia y a la obsesión por la riqueza y, al inventar las pesas y las medidas, convirtió su vida en perversa. También, siguiendo al *Deuteronomio* y al *Levítico*, nos dice que ante todo se debía respetar la vida humana y no derramar sangre. Asimismo, se debía respetar a los viejos, a los ciegos y a los mudos, y tampoco castigar a los hijos por las culpas de los padres. Pensando en el entorno recomendaban trabajar la tierra seis años y dejarla descansar el séptimo, al igual que hacían con los días de la semana, pues el sábado debería servir para estudiar la Ley. Esta debían aprenderla desde niños; grabarla en el alma, conservarla, recordarla y nunca borrarla. Los frutos nacidos espontáneamente de la tierra deberían ser comunes tanto para compatriotas como extranjeros y nadie debía monopolizarlos. Además, buscando cierta igualdad, el fruto del árbol debía comerse a los cuatro años en una fiesta con los amigos, con las viudas y con los huérfanos. Al cegar y recoger las mieses debían dejarse algunas gavillas y algunos gajos, y en los olivares algunas aceitunas para los que no tienen nada. Además, el año del jubileo (jubilar quiere decir libertad), es decir, cada cincuenta años, los deudores debían ser liberados de sus deudas así como los esclavos. Respecto de los animales al arar la tierra, se debía cuidar poner en la yunta buey con buey y nunca buey con un caballo porque el animal más débil sufriría, y al trillar las mieses no debía ponerse bozal al buey “pues no es justo negar el fruto a los que han colaborado y se han esforzado” y, en general, se debe ayudar a los animales en desgracia.

Como religión profundamente reflexiva, exhorta a la piedad y a la justicia, que es la que permite la obtención de la verdad. En cuanto a la justicia, sus sentencias debían ser públicas y jamás motivadas o influenciadas por el lucro o

el rango, pues Moisés así lo enseñó, ya que cuando algunas gentes de su pueblo le reprocharon haber nombrado a Arón sumo sacerdote, les replicó:

Yo ni acepte regalos de hebreo alguno para dictar sentencia en nombre de la justicia ni por dinero condené a ningún pobre que tuviera posibilidades de ganar el pleito ni en detrimento del bien general adopto decisiones totalmente extrañas a mi conducta.

En un sentido parecido, Salomón sugirió que en lugar de rogar por tener riqueza, uno debería rogar por tener más bien una mente sana e inteligente para conseguir la verdad y la justicia (Josefo, 1997:196-357).

Pero de los judíos, algo que sobre todo debió preocupar a otros pueblos, incluyendo por supuesto a los romanos, es que el “pueblo nacido para ser esclavo”, como decía Cicerón, más bien demostraba lo contrario. Samaritanos, idumeos y habitantes de Cele-Siria decían que los judíos eran pérfidos y perversos porque no soportaban pagar tributos, ni obedecer a nadie, se enfrentan a los reyes y les gustaba mandar más que obedecer. En efecto, revisando los libros de sus antepasados se descubría que, ciertamente, eran enemigos y hostiles a las imposiciones de los reyes y acostumbraban sublevarse contra ellas (Josefo, 1997:19-20).⁷ Por ejemplo, Amán, hijo de Amadat y de estirpe amalacita, como servidor del rey persa Artajerjes, estaba acostumbrado a que todos se postraran a su paso. Como el judío Mardocai, tío de la esposa del rey, no lo hacía, opinaba que todos ellos eran enemigos de los reyes, pues aborrecían la monarquía y furioso le recordaba a Artajerjes:

[que] Había un pueblo perverso, el cual estaba disperso por todas las naciones de su reino, insociable y cerrado y que no profesaba igual culto que los demás ni se regía por las mismas leyes [...] Es, además, una raza hostil, tanto por sus costumbres como por su conducta, a tu pueblo y a todos los hombres. Deberías ordenar, si quieres hacer un favor a tus súbditos, que está raza perezca de raíz y que no quede rastro alguno de ella, sin ser preservado ninguno de sus miembros ni para la esclavitud ni para la cautividad (Josefo, 1997:209).

Igualmente, el firme compromiso por no transgredir sus propias leyes también debió haber sido motivo de preocupación. Algunos de sus actos quizá

⁷ *Op. cit.*, L. XI, 19 y 26.

provocaba que se les viese como algo peores que locos. Según cuenta Agatárquides de Cnido, gramático y peripatético e historiador de las gestas de los diádocos (vivió en torno al 116 a.C.), los judíos, “por inoportuna superstición aguantaron soportar a un amo difícil”, pues prefirieron que Jerusalén sucumbiera ante Ptolemeo (hijo de Lago que ocupó Egipto con el título de Salvador), ya que como era día sábado no podían defenderse pues, en caso de hacerlo, violaban la Ley.⁸ Lo mismo le ocurrió a Pompeyo al sitiar Jerusalén (63 a.C.), pues como vio que los sitiados el sábado no les disparaban ni los atacaban cuerpo a cuerpo, aprovechó para hacer terraplenes, levantar torres y acercar las máquinas de guerra para que estuviesen listas a entrar en acción al día siguiente.⁹ Respecto de la prohibición judía de adorar y fabricar efigies, Poncio Pilato, procurador de Judea, tuvo una marga experiencia. Buscando, según él, acabar con costumbres que ofendían al César, tuvo a bien que el ejército romano recién llegado a Jerusalén dejara en los estandartes la efigie del emperador, cosa que ningún procurador anterior se había atrevido a hacer. Cuando los judíos se enteraron se presentaron en masa en Cesarea y protestaron durante varios días. Al sexto día, Pilatos ya cansado ordenó que si las protestas continuaban los masacraran. Ante tal decisión, los judíos en masa se arrojaron al suelo y descubrieron sus cuerpos para que las espadas los atravesaran, pues antes preferían morir que contravenir la Ley. Pilato tuvo que ceder.

⁸ José Monserrat Torrents, *La sinagoga cristiana...*, *op. cit.*, pp. 22, 23 y 51. El historiador judío romanizado Flavio Josefo, conocedor de su tiempo, sólo le dedica un párrafo y la crítica moderna lo considera una interpolación hecha posteriormente por una mano cristiana tal y como acostumbraban hacer. Al respecto, véase la introducción de Luis García Iglesias a la *Biografía. Contra Apión* de Josefo, *op. cit.*, principalmente p. 58 y ss. En *Antigüedades*, Josefo sólo dice: “Por estas fechas vivió Jesús, un hombre sabio, *si es que procede llamarlo hombre*. Pues fue autor de hechos extraordinarios y maestro de gentes que gustaban alcanzar la verdad. Y fueron numerosos los judíos e igualmente numerosos los griegos que ganó para su causa. *Éste era el Cristo*. Y aunque Pilato lo condenó a morir en la cruz por denuncia presentada por las autoridades de nuestro pueblo, las gentes que lo habían amado anteriormente tampoco dejaron de hacerlo después. Pues se les *apareció vivo de nuevo al tercer día, milagro éste*, así como otros más en número infinito que los divinos profetas habían predicho de él. Y hasta el día de hoy todavía no ha desaparecido la raza de los cristianos, así llamados en honor de él”. L. XVIII, 63. El subrayado es nuestro. Cabe señalar que un judío jamás hubiera aceptado que era más que un hombre, que era el cristo y que había resucitado. *Op. cit.*, L. XII, 1. Ptolemeo fue sátrapa de Egipto en 323 a.C. y rey en 304. Entre 301-286 se apoderó de Palestina, Chipre y numerosos lugares del Egeo y Asia Menor.

⁹ *Op. cit.*, L. XIV, 64.

Algo parecido le ocurrió al propio emperador Cayo Calígula cuando ordenó a Petronio, su legado en Siria, que erigiera al precio que fuera su estatua dentro del Templo de Jerusalén para que lo adoraran. El legado, para cumplir la orden estableció sus tropas en Ptolemaide esperando a que llegara la primavera para atacar a Judea. Enterados los judíos de lo que se trataba acudieron a sugerirle que los matara, pues no estaban dispuestos a permitir el agravio. Entonces, el legado para conocer más de cerca la situación se trasladó a Tiberíades, y allí nuevamente se tumbaron al suelo ofreciendo el cuello y dispuestos a morir sin combatir. La situación duró cuarenta días, y Petronio, al contemplar la inexorabilidad del pueblo, consultó con el emperador tratando de disuadirlo, haciéndole ver que, sin duda, cumplirían su palabra y era preferible tenerlos vivos que muertos. Calígula terminó aceptando pero le recomendó a Petronio suicidarse porque era incapaz de cumplir con su deseo, cosa que el legado no tuvo que hacer porque, para su fortuna, el emperador fue asesinado por esos días (41 d.C.) (Josefo, 1997:261-305).

Como ya señalamos, en la época del imperio romano debido a que el judaísmo no era una religión doctrinal ni homogénea, en su seno debatían sectas, pensamientos, movimientos políticos, familias, escuelas, filosofías, *haburot* (cofradías). Dentro de sus diferentes tendencias es posible hablar de legalistas, helenizantes, apocalípticas, mesiánicas, gnósticas, mágicas, ascéticas. Respecto de la secta judeo-cristiana no consta que la fundara Jesús. Más, “prácticamente nada evidente hay en la historia de este personaje”.

[posiblemente] Jesús fue un predicador milagrero del Norte de Palestina, quien se vio envuelto en una trama política y murió ajusticiado por los romanos en Jerusalén. No se autoproclamó mesías ni fundó una comunidad religiosa. No se conserva ninguna narración auténtica ni de su obra ni de su predicación [Monserrart, 1989:261-305].

No obstante, es posible que el judeo-cristianismo debió desarrollarse a lo interno del punto de reunión por excelencia del judaísmo, es decir, en la sinagoga. Pues, como ya dijimos, gracias a la ayuda que habían prestado a Julio César sus reuniones estaban protegidas por la ley romana.

Actualmente, en Asia Menor la arqueología ha descubierto diferentes sinagogas y resultan verdaderamente sorprendentes. Una, en Sardes, se ve que constituyó un verdadero complejo urbanístico que incluía baños y gimnasio.

Además de ser un lugar de culto, se encontraba la sede del tribunal y allí se cumplía con la obligación de alfabetizar a los niños. Parece ser que, con algunas excepciones, las sinagogas no estaban federadas bajo una autoridad. Como cualquier religión, el judaísmo no estaba exento de proselitismo y, entrando al terreno hipotético, es indudable que muchas de sus concepciones y normas impresionaron a mucha gente. Gente que si bien podía sentirse plenamente atraída por aspectos teóricos, no ocurría así con los aspectos prácticos y sus exigencias: circuncisión para los hombres, respetar el sábado, prohibiciones alimenticias y algún tipo de aislamiento social. Posiblemente debido a lo anterior la sinagoga tuvo que establecer dos figuras para reconocer a los que se acercaban a ella: uno era el sujeto plenamente integrado por la circuncisión y el bautismo reconocido como “proselito” (*prosélytos*) y, el otro, era sólo simpatizante de la idea de un dios único y las normas, pero no se circuncidaba ni atendía a los rituales. Posiblemente se le reconocía como “devoto” (*sebómenos*), “temeroso de dios” (*phoboúmenos*) y, quizá, también como *metuens* (Monserrart, 1989:47). Es seguro que, a la larga, dentro de las sinagogas se desarrollaron interpretaciones heterogéneas en concordancia con la diversidad del propio judaísmo. Y fue de esta pluralidad donde empezó a surgir una sinagoga cristiana heredera de las diferentes interpretaciones que existían acerca del Mesías-Jesús. Ignoramos el momento preciso y las formas de la fusión debido a que la propia iglesia cristiana, consolidada en los siglos II y III, se encargó de borrar toda huella respecto de su historia del siglo I. En efecto, de esa época, con excepción de algunas cartas de Pablo de Tarso, no se conserva más que “una colección de escritos anónimos, amalgamados, interpolados e incluso contradictorios”. Pues se considera que fue sobre todo en el siglo II cuando la ortodoxia cristiana, mediante la institución episcopal,

[...] no sólo organizó el presente, sino también el pasado. Se proclamó el canon de los libros sagrados y, en consecuencia, el anti-canon de los espúreos o apócrifos. Se procedió a la tarea, *jamás ingenua*, de seleccionar y de editar. La mayoría de los escritos procedentes de las primeras generaciones cristianas no se ajustaban a los criterios de la ortodoxia eclesiástica. Se procedió a las adaptaciones y a las eliminaciones necesarias [Monserrart, 1989:140].

Para algunos autores fue precisamente el judío Pablo de Tarso quien se encargó de forjar el mito de Cristo vaciándolo de judaísmo y llenándolo con

las religiones místicas del mundo grecorromano: el monoteísmo judío fue sustituido por un trinitarismo de corte pagano. Más, los argumentos paulinos desde la raíz fueron reconstruyendo y acomodando a su conveniencia la acción del galileo, “y a partir de entonces va perfilándose el retrato del judío deicida, cuya maldad superaba la del mismísimo Satán”. En efecto, Pablo de Tarso, ya en una de sus epístolas dice:

Los judíos dieron muerte a Nuestro Señor Jesucristo y a los profetas, y a nosotros nos han perseguido, y no agradan a Dios y contradicen a los hombres, prohibiéndonos hablar a las gentes porque no se salven, para llenar sus pecados siempre. Vino la ira de Dios sobre ellos hasta el fin [*I a los Tesalonicenses 2*, 15-16].

Astutamente la doctrina cristiana retomó la Biblia pero para expropiársela al pueblo judío; argumentando que como éste no quiso reconocer la verdad en Jesús, la Iglesia, mediante el Nuevo Testamento, impuso una nueva clave para interpretar el texto sagrado y convertirse a sí misma en el *Verus Israel*. Además, basándose en el Evangelio de Marcos, partidario del proselitismo universal,

[la religión cristiana se convirtió] en el fenómeno ideológico más innovador y represor en la historia de la *intolerancia*, e hizo de su órgano difusor, la Iglesia, el más eficaz instrumento de *poder* contra la libertad de pensamiento y de expresión en el curso subsiguiente de la civilización occidental [Monserrart, 1989:15-16].

Ciertamente, la cristianización del Imperio romano con el emperador Constantino (siglo IV), quien por cierto fue uno de los primeros emperadores en caracterizar a la religión judía como *nefaria* (impía, abominable) y *feralis* (perniciosa), permitió a la Iglesia convertirse en una religión intolerante y exclusivista; ahora el nuevo Estado, por mandato de ella, debía perseguir a herejes, paganos y judíos y utilizar contra ellos la fuerza (*Compelle intrare* recomendaba posteriormente Agustín de Hipona). La mejor prueba de que la Iglesia constituía la nueva *Verus Israel* debía demostrarse aplastando y difamando al judío como pueblo equivocado pues, mientras más se le degradara y humillara, el triunfo de la Iglesia era mayor. La persecución oficial y reglamentada por la Iglesia católica contra los judíos también sabemos que provino del Concilio de Elvira (cerca de Granada), imperando Constantino

entre los años 305 o 306. En este Concilio, en sus cánones 16, 49, 50 y 78 se les prohibió a los cristianos, principalmente casarse, comer, y bendecir sus cosechas junto a los judíos (Monserart, 1989:131).¹⁰ Sin duda, el despótico acto de segregar a los judíos de la comunidad cristiana entre los siglos IV y V, con el pretexto de cuidar que “el veneno de su infidelidad” (Ambrosio) no contaminase al rebaño sagrado, constituyó el origen de los ghettos. En este sentido, para el obispo de Hipona existía la *Civitas Dei*, la Iglesia como *populus Dei* y, aparte, los judíos considerados despectivamente como el “resto” que había rechazado a Cristo. Tal situación se reforzaba con la prohibición de que desempeñaran cargos públicos, pues no debían estar por encima de ningún cristiano, así como con la pérdida jurídica de poder acusar o ser testigos en un juicio contra un cristiano porque supuestamente estaban “salpicados por las manchas de la infamia (*infamiae maculis aspersi*)” (*ibid.*:105, 125, 140).

Prácticamente alrededor del siglo IV no se era buen cristiano si no se era antijudío. Para reforzar tal mentalidad, los padres de la Iglesia se encargaron de desarrollar la tradición literaria denominada *Adversus Iudaeos*, dirigida a un público impregnado de obediencia ciega. Personajes como Zenón de Verona, Lactancio, Evagrio, Maximino Arriano, Agustín de Hipona, entre muchos otros, se encargaron de cultivar diferentes géneros, tales como diálogos o *altercationes*, sermones, tratados teológicos, epístolas, etcétera, para catequizar y aleccionar al creyente contra, como decía el *Codex Theodosianus*, el *taetrumque Iudaeorum nomen* (sucio y repugnante nombre de los judíos). En sus discursos decían cosas como que la inferioridad judía se demostraba porque Dios les había enviado como maestro sólo a Moisés, en cambio, a la Iglesia le envió a su propio hijo (Salviano de Marsella, siglo V), o bien “La Iglesia no deja de besar los pies de Cristo [...] mientras que la sinagoga no puede besarlos porque no tiene besos más que de traición, como los de Judas” (Ambrosio). Otro tópico fue relacionar al judío con el anticristo y el diablo; así, según Agustín, el cristiano era tentado por el judío que era instrumento del diablo y para Ambrosio la maldad del judío era mayor que la del diablo (*ibid.*:98-99).

¹⁰ Al respecto véase de Eva Alexandra Uchmany, *La vida entre el judaísmo y el cristianismo en la Nueva España. 1580-1606*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992. También de Carlos del Valle Rodríguez (ed.), *La controversia judeocristiana en España (Desde los orígenes hasta el siglo XIII)*. Homenaje a Domingo Muñoz León, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Filología, Madrid, 1998.

El género hagiográfico también rindió muy buenos frutos. En él, por ejemplo, el milagro constituye un aspecto muy importante del discurso propagandístico y difamatorio. Sobre todo se trataba de demostrar que sólo la Iglesia y Cristo realizaban verdaderos milagros y no los judíos. Por eso Agustín afirmaba que para los milagros eran mejores los santos y mártires cristianos.¹¹ Sin embargo, existe un texto de origen medieval que llama poderosamente la atención porque en él encontramos la consolidación y formación de un sinnúmero de arquetipos antisemitas, me refiero al libro del dominico italiano Santiago de la Vorágine (1228-1298), *La leyenda dorada*, y que constituye una recopilación de vidas de santos, cuyas algunas de sus narraciones se considera que pertenecen a los siglos IV, V y VI. La obra, como veremos, fue una obra dirigida a las masas populares, de ahí que contenga discursos abiertamente propagandísticos y forjadores de arquetipos. Mencionaré sólo algunos ejemplos que, desde mi punto de vista, son bastante representativos de los furores antijudíos con los que la Iglesia buscó, desde siempre, impregnar la mentalidad de las masas.

En primer término encontramos al supuesto responsable de la perdición de los judíos, el apóstol traidor Judas Iscariote. El autor nos cuenta que Judas fue hijo de Simón o Rubén, originario de la tribu de Isacar o de Dan, y su madre se llamó Ciboria. La noche que lo gestaron ella soñó que tendría “un hijo tan pérfido que [...] causaría la perdición de todo el pueblo hebreo”. Cuando la madre parió quisieron matarlo pero rechazaron la idea a pesar de estar acongojados al “pensar que aquella criatura iba a causar la ruina de todos los de su raza”. Por lo tanto, decidieron colocar al niño dentro de un capacho y abandonarlo a su suerte sobre las aguas del mar. Las olas llevaron el cestillo a una isla llamada Iscarioth, que es de donde deriva el sobrenombre de Iscariote. Aquí, la reina lo encontró y adoptó. Y el niño muy pronto empezó a manifestar su maldad pues, cuando se enteró de que no era hijo de la reina, mató al verdadero hijo de los reyes y huyó a Jerusalén, donde el gobernador, Pilatos, lo tomó a su servicio. Dice el autor:

Las cosas semejantes se avienen bien entre sí; por eso Pilatos y Judas, que eran de la misma calaña, se entendieron tan perfectamente que poco después, el

¹¹ *Civ. Dei*, XXII, 8, 25, citado por Raúl González, *El antijudaísmo...*, op. cit., pp. 98 y 99.

governador, movido por la simpatía que el Iscariote le inspiraba, lo nombró administrador general de Judea.

Un día que Pilatos descansaba se le antojaron los frutos de un huerto que estaba al lado de su palacio, y Judas, complaciente, brincó la tapia y se introdujo en el huerto sin saber que éste pertenecía a Rubén, su padre. Cuando recogía los frutos llegó Rubén, disputaron, y entonces Judas lo mató con una piedra. La muerte la decretaron accidental y Pilatos, al ver que la viuda era bastante rica, decidió casarla con Judas. Así, Judas, además de asesinar a su padre se acostó con su madre. Cuando se enteró de todo fue a ver a Jesucristo y éste lo perdonó, lo nombró discípulo y lo responsabilizó de la bolsa del dinero. Pero según la Vorágine, Judas “de ella sustraía lo que otros a Cristo daban. Poco antes de la Pasión del Señor, sintió en el alma que un unguento no hubiese sido vendido en los trescientos denarios que a su juicio valía”, pues ambicionaba, a la menor oportunidad, “poderlos robar”.

[Y llevado de su codicia] ya que no pudo aprovecharse de aquél dinero, se dio prisa para vender al propio Jesús en treinta monedas, cada una de las cuales equivalía a diez denarios; de ese modo se compensó de los trescientos que no pudo robar porque el unguento no fue vendido [La Vorágine, 1984:180].

Como vemos, la anterior historia nos recuerda a la tragedia de Sófocles, *Edipo rey*, pero además, vemos aparecer una característica atribuida siempre al hebreo, la codicia.

De la Vorágine en su narración acerca de la “Natividad...”, comenta:

Dice San Bartolomé en su *Compilación*, y lo mismo leemos en el *Libro de la Infancia*, que, al aproximarse a Belén, la Bienaventurada virgen advirtió que parte del pueblo estaba alegre y parte lloraba, y que un ángel le explicó aquél contraste de la siguiente manera: “Esa parte del pueblo que se regocija, es la de los gentiles, que recibirán eterna bendición a través de la sangre de Abraham; la parte que gime está formada por elementos judíos, que han merecido la reprobación divina”. [Otro santo, san Esteban] “acusó a los judíos de estos tres pecados: de haber resistido al Espíritu Santo, de haber perseguido a los profetas, y de haber llegado, en su malevolencia, a darles muerte [1984:53 y 62].

Un día, San Macario encontró una calavera y le preguntó quién había sido en vida. Ella respondió que un hombre pagano y que ahora su alma se encontraba en el infierno:

[no en lo más profundo] pero sí en el fondo y tan hacia el fondo, que de donde está hasta la superficie del averno hay más distancia que entre la tierra y el cielo. Macario volvió a preguntarle: —¿Hay algunas otras almas más abajo que la tuya?/ —Sí, respondió la calavera— *la de los judíos*.

En una ocasión un judío prestó dinero a un hombre, pasó el tiempo y como vio que no se lo devolvía se lo reclamó. El hombre cínicamente le respondió que ya se lo había devuelto. Ante tal desfachatez, ambos fueron con el juez y el prestamista “requirió al prestatario a que jurase, si se atrevía” que ya le había devuelto su dinero. Mañosamente, el deudor, para no jurar en vano, antes, en una cayada hueca introdujo el dinero que debía. Así, cuando llegó el momento de jurar, le dijo al judío: “Tenme la cayada mientras juro”. Una vez que juro que había devuelto el dinero, y con creces, le pidió al judío nuevamente la cayada, “éste, ignorante del truco, se la devolvió”. El defraudador se fue muy contento pero en el camino un carro lo mató y destruyó la cayada poniendo en evidencia su mentira. Entonces el judío juró que si el muerto resucitaba se haría cristiano. San Nicolás hizo el milagro y el judío cumplió su promesa (La Vorágine, 1984:105 y 41). Pero no sabemos si porque resucitó el mentiroso o porque recuperó su dinero.

En el libro de la Vorágine, los supuestos debates entablados por parte de los ministros católicos con los judíos, se centran en aspectos como la Trinidad, la circuncisión, el bautismo, en las posibilidades de que un Dios fuese concebido por una virgen, tentado por un demonio y asesinado, en la necesidad que Dios tuvo de engendrar un hijo con dos naturalezas; una divina y otra humana. Está demás decir que en todas las polémicas ganan siempre los cristianos exhibiendo una lógica en exceso simple. Por ejemplo, en un debate acerca de la existencia de la Trinidad, el cristiano pretendidamente lo demuestra asiendo una tela y diciendo:

Ved aquí tres pliegues. Prestad atención: los pliegues son tres, pero la tela es una sola. Lo mismo que es posible que en la tela de este trozo de manto haya tres pliegues sin que por eso se comprometa la unidad de la tela, que es una y

la misma en cada uno de ellos, así es posible que, siendo Dios solo y único, haya en él tres personas [La Vorágine, 1984:79].

Las historias contadas de manera simple tienen ventajas, quienes la aprenden siempre la repiten sin complicaciones, y la mentira se convierte en verdad a fuerza de repetirla. Según la Vorágine, “refiere Josefo que tanto la destrucción de Jerusalén como la dispersión de los judíos se debieron al pecado” de haber asesinado éstos a Santiago. Pero agrega:

Cierto que sí; pero no sólo a este pecado, sino también al pecado anterior de haber matado al Señor. La destrucción de la ciudad fue sobre todo un castigo en el que incurrieron los judíos por la muerte que dieron a Cristo.

El señor, tuvo la paciencia de esperar cuarenta años para ver si los judíos recapacitaban y creían en él, pero como no fue así, por eso trajo a Jerusalén a Vespasiano, a Tito y a sus legiones.

La Vorágine, para explicar de otra manera la destrucción de Jerusalén por los romanos, también toma como base otra historia apócrifa que narra que, supuestamente, cuando Pilatos descubrió la inocencia de Jesús, envió a Tiberio un mensajero llamado Albano para que le contase el acontecimiento. Camino a Roma, la nave del mensajero empujada por el viento fue a parar a las Galias, lugar donde gobernaba “el rey Vespasiano”. Cuando éste se enteró de que Albano venía de Jerusalén le exigió que lo curara:

Vespasiano tenía en sus fosas nasales, desde su infancia, una especie de avispero del que fluían constantemente multitud de gusanos; por eso precisamente se llamaba Vespasiano, nombre derivado de *vespa*, que significa avispa.

Albano le respondió que él no podía curarlo y quién sí podía, Jesús el Nazareno, había sido asesinado por “los judíos por envidia”, pero no obstante, si quería creer en él, era seguro que sanaría. Como Vespasiano creyó, sanó inmediatamente y entonces dijo:

No me cabe duda alguna de que quien ha tenido potestad para sanarme fue verdaderamente hijo de Dios. Pediré licencia al César y marcharé a Jerusalén al frente de mi ejército y destruiré totalmente a esos traidores y malvados que dieron muerte a tal hombre.

Y en efecto, Vespasiano fue a Roma, consiguió el permiso del César y marchó a Jerusalén. Continúa diciendo la Vorágine:

Mientras Vespasiano reclutaba y formaba sus tropas ocurrieron dos cosas importantes: la subida de Nerón al trono imperial y la rebelión de los judíos contra los romanos. *Debido a esto último se dice en algunas crónicas, erróneamente, que Vespasiano no atacó a los judíos por haber matado a Cristo, sino por haber intentado desengancharse del yugo de Roma.*

El autor también agrega que los fieles a Cristo que moraban en Jerusalén fueron avisados por el Espíritu Santo del peligro que corrían, y entonces huyeron a un pueblo llamado Pella, y “De ese modo, por divina disposición, se libraron de los efectos de la venganza que el cielo tomó de la ciudad sacrílega y del pueblo malvado”. Dos años después de que Vespasiano ya era emperador, Tito tomó Jerusalén:

[...] en cuanto la ciudad cayó en su poder la arrasó enteramente, destruyó el Templo y, para vengar la afrenta que los judíos habían hecho a Cristo al comprarlo por treinta denarios, formó un lote con treinta de ellos y los vendió a todos juntos por un solo denario.

Finalmente, el autor nos dice que los judíos, posteriormente buscaron reedificar su ciudad pero la primera vez que se acercaron al sitio lo encontraron “cubierto de cruces de escarcha”, en la segunda ocasión sus ropas se llenaron “de pequeñas cruces de color de sangre”, y en la tercera y última, “en cuanto llegaron, comenzó a surgir del suelo un vapor denso y ardiente que en pocos momentos abrasó y causó la muerte a todos ellos” (1984:279-287).

En el libro de la Vorágine también encontramos el arquetipo de un judío que, como luego brevemente veremos, dejó una profunda huella en el imaginario de la España inquisitorial del siglo XVII. Contradiendo toda lógica, la Vorágine nos habla de un judío que, admirado por el poder milagroso de san Nicolás, mandó labrar una imagen de éste, y cada vez que dejaba su casa le encomendaba cuidar todos sus bienes diciéndole: “Nicolás, custodia diligentemente todas mis cosas, porque si no lo hicieres te azotaré”. Pero un día ocurrió lo que tanto temía y entonces, enfurecido, a la vez que le reclamaba a la imagen tomó un látigo y empezó a azotarla y, al momento que lo hacía, el santo se les

apareció a los ladrones reprochándoles que lo flagelaban por culpa suya y les pidió regresar lo robado. Éstos no sólo obedecieron, incluso dejaron de robar y, entonces, “el judío abrazó la fe del Salvador” (1984:42).

Como arriba indicamos, en efecto, la leyenda del judío o el cristiano nuevo preocupado supuestamente por azotar imágenes cristianas fue un cargo imputado muy a menudo por los inquisidores españoles en contra de los conversos procesados. Precisamente en Madrid, en 1629, en la calle de las Infantas, supuestamente un niño portugués de diez años fue testigo de que en la casa donde vivía habían ocurrido actos sacrílegos. Según el testimonio del niño, un grupo de hebreos portugueses, luego de azotar un cristo lo pasaron por las llamas, y entonces la imagen sangró y les preguntó: “¿por qué me maltratáis?”. El proceso de los inculpados duró dos años y, finalmente, culminó con un clamoroso auto de fe efectuado en la Plaza Mayor el 4 de julio de 1632, y que presenciaron el propio rey Felipe IV, su valido el conde duque de Olivares, miembros de Consejos y muchísima gente. Seis de los judaizantes implicados en el caso del cristo flagelado fueron sometidos a las llamas. Al año siguiente, en 1633, aparecieron fijados en diferentes partes de Madrid una serie de carteles que decían “¡Viva la ley de Moisés y muera la de Cristo!”. En realidad, se acepta que todo esto fue un tinglado burdamente montado por la Inquisición para atacar al valido del rey, Olivares, porque éste, además de ser descendiente de conversos, intentaba proteger a los judaizantes portugueses y su política económica era financiada por banqueros también conversos. Estos acontecimientos determinaron el surgimiento de un pequeño libro plagado de furores antijudíos que prácticamente constituye un catálogo de viejos insultos. Pero además, posiblemente, también constituye uno de los primeros libros escritos en la modernidad y que resume una vieja historia de odios y difamaciones que nuestro presente aún no logra superar del todo. Fue escrito por Francisco de Quevedo Villegas y se llama *Execración contra los judíos* (Quevedo, 1996).

Finalmente, esperamos haber ilustrado cómo en el imaginario o en las mentalidades de los pueblos existen imágenes que el paso del tiempo no consigue borrar y que ellas resultan muy determinantes en la gestación de actos terribles que no hablan muy bien de nuestra especie. Imágenes que de una u otra manera es necesario explicar rastreando sus orígenes y analizando cómo se van engendrando y desplazando a lo largo de la historia con la esperanza de algún día poderlas superar, aunque para lograrlo sea inevitable y necesario

primero recordarlas y no olvidarlas. Pues, después de todo, me parece que en cuanto olvidamos, ya estamos listos para sufrir o cometer los mismos errores.

En el Evangelio de Lucas y en el de Mateo se afirma que los sacerdotes y el pueblo judío exigieron a Pilatos matar a Jesús y que gustosos asumían toda la culpa. Hombres muy venerados por la Iglesia Católica como Agustín, Tomás, Juan Crisóstomo, a pesar de reconocer que la sintaxis de Lucas era ambigua, retomaron tal idea y les sirvió para afirmar que “todos los judíos habían matado a Jesús”. Sin duda, tenemos derecho a preguntarnos si tal aceptación no dejó de tener su eco hasta la no tan lejana obscenidad de Auschwitz. Ciertamente, no podemos afirmar que todos los horrores que registra la historia tengan la misma dimensión, pero es indudable que existen coacciones espirituales de larga duración y que, de acuerdo con las circunstancias, ellas empujan a los acontecimientos en uno u otro sentido. Según el escritor Primo Levi, o recordamos el pasado o éste nos atrapa.

Bibliografía

- Bloch, Marc (1996), *Apología para la historia o el oficio de historiador*, edición crítica preparada por Étienne Bloch, FCE, México, p. 122.
- (1999), “¿Qué se le exige a la historia?”, en *Historia e historiadores*, textos reunidos por Étienne Bloch, Ediciones Akal, Madrid, pp. 41-56.
- Braudel, Fernand (1974), “La larga duración”, en *La historia y las ciencias sociales*, Alianza Editorial, Madrid, pp. 62 y 63.
- Buber, Martín (1978), *Cuentos jasídicos. Los primeros maestros*, t. 1, Paidós, Buenos Aires, p. 150.
- Celso (1989), *El discurso verdadero contra los cristianos*, Alianza Editorial, Madrid.
- Del Valle Rodríguez, Carlos (ed.) (1998), *La controversia judeocristiana en España. (Desde los orígenes hasta el siglo XIII). Homenaje a Domingo Muñoz León*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Filología, Madrid.
- De la Vorágine, Santiago (1984), *La leyenda dorada*, t. 1, Alianza Forma, Madrid, p. 180 y ss.
- Josefo, Flavio (1994), *Autobiografía. Contra Apión*, Introducción general de Luis García Iglesias, traducción y notas de Margarita Rodríguez de Sepúlveda, Editorial Gredos, Madrid.
- (1997), *Antigüedades judías*, edición de José Vara Donado, Akal/clásica, Madrid.

- (1997), *La guerra de los judíos*, Introducción y notas de Jesús Ma. Nieto Ibáñez, Editorial Gredos, Madrid.
- Lledó, Emilio (1992), *El surco del tiempo. Meditaciones sobre el mito platónico de la escritura y la memoria*, Crítica, Barcelona.
- Mastrogregori, Máximo (1999), *El manuscrito interrumpido de March Bloch*, FCE, México.
- Montserrat Torrents, José (1986), *La sinagoga cristiana. El gran conflicto religioso del siglo I*, Muchnik Editores, Barcelona.
- Netanyahu, Benzion (1999), *Los orígenes de la inquisición en la España del siglo XVI*, Crítica, Barcelona.
- Quevedo, Francisco de (1996), *Execración contra los judíos*, Fernando Cabo Aseguinolaza y Santiago Fernández Mosquera (eds.), Crítica, Barcelona.
- Tácito (1988), *Historias*, Gredos, Madrid.
- Uchmany, Eva Alexandra (1992), *La vida entre el judaísmo y el cristianismo en la Nueva España. 1580-1606*, FCE, México.
- Wiesel, Elie (1996), *Todos los torrentes van a la mar*, Anaya y Mario Muchnik, Madrid, pp. 26 y 27.
- Wroe, Ann (2000), *Pilatos. Biografía de un hombre inventado*, Tusquets, Barcelona.
- Zanker, Paul (1992), *Augusto y el poder de las imágenes*, Alianza Forma, Madrid.